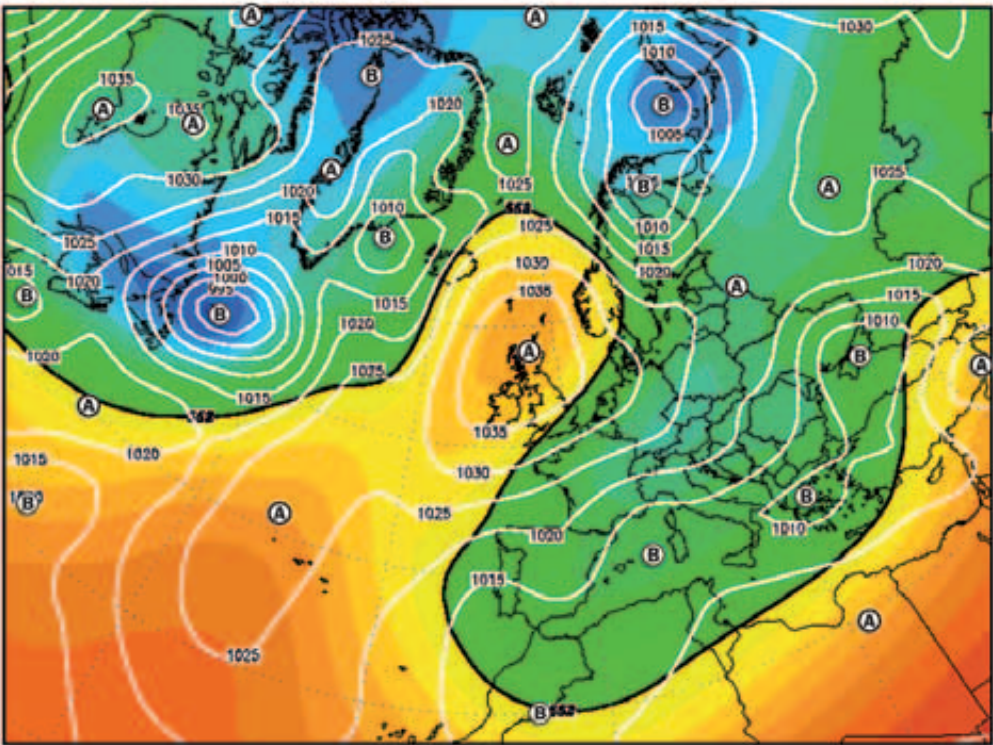


Una intensa ola de frío siberiano



El mapa del tiempo. El cuadro recoge la situación atmosférica registrada en Daroca el 31 de diciembre de 1937 –igual en la ciudad de Teruel–, en la que se aprecia la ola de frío literalmente siberiano.

Mapa isobárico

Temperaturas registradas

Día	Temp. máxi.	Temp. mín.	Temp. media
27/12/1937	7,2	2,5	4,8
28/12/1937	4,5	-3,6	0,4
29/12/1937	6,6	-5,2	0,7
30/12/1937	4,9	-7,4	-1,2
31/12/1937	0,8	-6,3	-2,8
01/01/1938	-1,2	-7,0	-4,1
02/01/1938	3,1	-13,7	-5,3
03/01/1938	0,0	-13,1	-6,6
04/01/1938	-1,6	-15,8	-8,7
05/01/1938	0,0	-5,8	-2,9
06/01/1938	1,0	-15,8	-7,4
07/01/1938	1,2	-13,8	-6,3
08/01/1938	7,6	-5,6	1,0

El termómetro. Las gélidas temperaturas registradas entre el 27 de diciembre de 1937 y el 8 de enero de 1938 se acercaron a los 16 grados bajo cero y determinaron en buena medida el curso de la batalla.

EL INFIERNO HELADO EN LA BATALLA DE TERUEL

Durante quince días, Teruel registró uno de los peores inviernos de la década de los años treinta, lo que hizo aún más dramático el curso de la guerra

El cronista Ezequiel Endériz, al referirse al comienzo de la batalla de Teruel, escribe: «El día envolvía de gris sucio todo el paisaje. Una niebla intensa hacía borrosos los contornos e invisible el horizonte. Amenazaba una gran nevada. El frío era intensísimo, con temperaturas bajo cero». Y luego: «A las nueve de la mañana se iniciaba sobre el campo de Teruel una nevada copiosísima, tan copiosa que duró tres días consecutivos, haciendo doblemente trabajosa la operación». Este sería el fondo trágico de una de las más encarnizadas batallas de esta guerra.

Si un enfrentamiento bélico no fuera suficiente calamidad, cuando las condiciones meteorológicas se vuelven difíciles, la población, soldados y civiles, termina viviendo un infierno. Durante la Guerra Civil española la meteorología en su conjunto se mantuvo dentro de la normalidad, salvo en el invierno de 1937 a 1938, uno de los más fríos de la década de los años treinta. Según los partes meteorológicos del Ejército, las fuerzas destacadas en las inmediaciones de la capital turolense soportaron temperaturas que oscilaban entre los seis y los veinte grados bajo cero, a unos 1.200 metros de altitud, y con predominio de viento gélido polar, que contribuía a que la



HERALDO recogía en su páginas el fuerte temporal.

sensación de frío fuera aún mayor. Los relatos de los periodistas de la contienda son bien elocuentes: «De aquella batalla», escribió Herbert L. Matthews, corresponsal de The New York Times, «nada me impresionó tanto como el increíble mal tiempo, y estoy seguro de que para los historiadores será el rasgo más digno de estudio. Nada servía de protección contra las ráfagas heladas que llegaban aullando desde el norte. El viento nos zarandeaba como podrían haberlo hecho los puñetazos de un boxeador profesional».

NORMALIDAD

Sin embargo, estas condiciones no son excepcionales. El frío, seco y constante, es uno de los rasgos característicos de las altas tierras turolenses, donde se registran las menores temperaturas de España, consecuencia de su posición interior, alejada de la influencia suavizadora del mar. Los momentos más gélidos coinciden con invasiones de aire ártico o polar asociadas a los anticiclones fríos y secos del norte de Europa, que hacen descender la temperatura muy por debajo de los 0º, como así ocurrió en las navidades de 1937. Ese año, a mediados de diciembre dominaba ya el ambiente invernal,

las noches eran de hielo y las nevadas frecuentes: justo en el inicio de las operaciones militares a gran escala y del cerco efectivo de Teruel. Después de San Esteban, una masa de aire continental de origen siberiano invadió el sur de Europa, canalizada por un potente anticiclón sobre Escandinavia y una depresión en el Mediterráneo occidental; el aire helado desbordó los Pirineos y entró con fuerza en el valle del Ebro y Aragón, donde las temperaturas descendieron hasta límites excepcionales. La importancia de esta situación radicó en su persistencia y su reincidencia a lo largo de casi quince días glaciales, con nevadas consecutivas y fuertes heladas que incidieron de forma decisiva en esta batalla.

Hugh Thomas, en su libro sobre la Guerra Civil, hace una descripción dramática de los días en que la ola de frío coincidió con los combates: «En vísperas del Año Nuevo el tiempo empeoró (...) Las carreteras y toda la maquinaria de guerra se helaron. Teruel registró una temperatura de 18 grados bajo cero. La lucha quedó también congelada. Los hombres que en Brunete habían maldecido el sol implacable de Castilla, caían ahora temblando y muchos miembros tuvieron que ser amputados. La ventisca duró cuatro días dejando atrás más de un metro de nieve y aislando a ambos ejércitos de sus centros de suministro. Seiscientos vehículos quedaron enterrados en la nieve entre Teruel y Valencia».

CONGELACIONES

La noche de San Silvestre el termómetro roza los 20 grados bajo cero, las tormentas de nieve y las ventiscas cegadoras convierten en un infierno las posiciones y hacen imposible el movimiento de las tropas. Por el azote del frío, las bajas por congelaciones aumentan, especialmente las lesiones en los pies, lo que popularmente se denominó «pies de Teruel», para referirse a las consecuencias de esta guerra. Aludiendo al 31 de diciembre, el cronista Manuel Aznar escribe: «Una inmensa sábana blanca cubre los horizontes... El frío revienta los motores y depósitos de agua de los camiones. Se dan casos de soldados conductores que mueren pegados a sus volantes». El tiempo en los primeros días del año 1938 seguía siendo terriblemente duro, con alimentación de aire polar, nuevas nevadas y todavía vientos del norte.

Una vez terminada la ola de frío, el 9 de enero, las temperaturas se normalizan y el resto del mes se mantienen en valores normales, hasta mediados de febrero, cuando una nueva advección, no tan fría, pero más nivosa, visita las ciudades y los campos de batalla.

Tras varios días de nevada y heladas constantes, a finales de mes prácticamente puede darse por terminado este cruel y crudo invierno, que ha pasado a la historia por las calamidades meteorológicas que sufrieron, añadidas a la de la lucha bélica, los sufridos combatientes en el frente de Teruel.

Texto
JOSÉ M. CUADRAT
(CATEDRÁTICO
DE GEOGRAFÍA.
UNIVERSIDAD
DE ZARAGOZA)

Se dieron casos de soldados que murieron pegados a los volantes de sus camiones